



Islas,
ISLAS

PEDRO
MOLINA TEMBOURY

PRE-TEXTOS
poesía

Islas, islas

Pedro Molina Temboury

Premio de Poesía Javier Egea 2011

Primera edición Editorial PRE-TEXTOS,2012

Edición digital 2017 www.pedromolinatemboury.es

ISLAS, ISLAS
Cuaderno de viaje por el Dodecaneso

A Eva



(Robinson)

Toda isla es un proyecto de orden.
El mar que las circunda,
inevitable,
los puntos cardinales marcando un horizonte
sin matices visibles,
la ausencia de salidas
que no conduzcan todas
a esa informe no-isla sin tiempo
que es el mar.
Digo poniente y el sol viene a ponerse
sobre el mismo cantil
como un reloj de sol.
Digo levante y cada día amanezco
como una arena blanda
que el calor va forjando.
Por el norte se anuncian
las tormentas de otoño.
Hacia el sur se va el barco
que no vendrá a llevarme.
Isla soy y no naufrago:
la exactitud de ser.

Me dijiste una noche:
Grecia es como una piedra
que un gigante arrojara,
cada isla un guijarro
fragmentado en el mar.

Las estrellas, arriba
multiplican la fábula
a una escala infinita
y el misterio del mundo
nos vuelve melancólicos
como antiguos filósofos
de la escuela de Atenas.

Al *Big Bang* no hay respuesta.
Quien arrojó esa piedra
luego escondió la mano.

Se supone que Ulises
tras saltar de isla en isla
logró alcanzar la suya en plena madurez.
Reencontrar a Penélope,
poniendo fin en Ítaca a aventuras y hazañas,
cíclopes, lestrigones
Calipsos y Nausicas,
mil historias que en casa
ir contando a la lumbre,
jubilado ya el héroe,
ya feliz en su hogar.

Hasta aquí llega el mito.
Así nació en la mente
de un viejo poeta ciego
tanto,
como para no ver
que la vida es prosaica
y los hombres que emprenden odiseas
en la vida
muy rara vez regresan,
quedan en el camino
aferrados a excusas y naufragios dudosos
a ninfas incorrectas,
a sirenas de paso
-y los que vuelven, callan
silencian su epopeya como un amor prohibido,
sin relato posible-

4

(Circe)

Cada mañana acudo al puerto de la isla
a la hora en que atracan los ferries del verano
cargados de turistas
anhelantes de sol.
Pero es bastante más lo que se llevan.
Pasadas las semanas,
cuando les veo partir
- bronceados y ahítos de dormir y comer-
la mayoría aún arrastran su propia inconsistencia
pero algunos también el no ser ya los mismos,
haber saboreado un elixir divino
de recuerdo perenne
que al retomar sus vidas siempre echarán de menos:
el deseo de ser isla
y que nada te alcance,
sin istmos ni penínsulas ni mareas vadeables,
sin pasado ni nombre, sin internet, sin móvil,
los vulgares hechizos
de su mundo mortal.

(loneley planet)

Elegir una isla
es ya viajar por ellas.
Calcular las distancias,
ajustar los horarios,
medir las travesías,
poner rumbo a Kalimnos,
desembarcar en Leros,
anticipar si Quíos,
si Astipalea,
si Lesbos.
Escoger en qué playa,
qué atardecer mirar,
un hotel
y si acaso
dónde tomarse un ouzo.

6

(Tilos)

No sé por qué esta isla
me recuerda mi infancia,
un tiempo en que el verano
marcaba el calendario
imponiendo su lógica:
Las mañanas calientes
camino de la playa,
el mar como un oasis
de refrescantes aguas,
la arena incandescente,
el calor, la modorra,
el fluir de las horas
mirando un horizonte
igual que un libro abierto
de páginas en blanco
-sin fin,
como la vida-

7

*(Cabo Pounda.
Monasterio de Panteleimona)*

Sueño del viejo pope:
Morir como eremita
retirado del mundo
en un nido de águilas escarpado y remoto
al que nadie se acerque.
Si acaso peregrinos o visitas piadosas,
no turistas de trekking
que le disparan fotos
y confunden con sendas de interés ecológico
los caminos de Dios
- aún peores los hippies,
que en verano se instalan en la playa desierta
al pie del monasterio
y se bañan desnudos y fuman marihuana-.

8

(*expatriados*)

Junto al mar,
 los ingleses son aves migratorias
 de benignos augurios:
 Las islas en que anidan
 tienen ecos de Durrell y piratas de Stevenson,
 la apostura de Byron navegando el Egeo,
 el viejo pragmatismo de *Cutty Sharks*
 y *steamers*,
 el gin-tonic de tarde,
 Eric Clapton, los Rolling
 y esa *línea de sombra*
 que el halcón de Eleonora
 como un héroe de Conrad
 dibuja en la bahía.

De Rodas a Nisiros,
la familia Spiliani transporta diariamente
pasajeros y carga
de una isla a otra isla.
Su barco no compite con los catamaranes
ni con los grandes ferries de la *Blue Star Line*
pero tiene un encanto
que ningún otro iguala:
Lento como el verano
nunca llega a su hora,
navega renqueante como chatarra aquea
y al atracar se gritan en la lengua de Ulises
el padre y los hermanos
juramentos sonoros
invocando a Atenea, a Poseidón, a Eolo
o mejor al dios Euro
que propicia turistas.

(navegación nocturna)

Por la popa,
la luna.
Hacia babor, Turquía.
A estribor una inmensa oscuridad azul.
En cubierta,
viajeros que buscan un sentido
a sus vidas en tierra.
Quienes se equivocaron
o perdieron el rumbo
y quedaron varados
en deseos que no fueron.
Quienes vuelven a casa,
quienes van,
quienes vienen...
Y el barco que navega
indiferente a todo,
flotando como un sueño
que no termina nunca.

Rodas,
los venecianos extraviando cruzadas.
Rodas,
los caballeros a las puertas del Turco.
Rodas de los jenízaros y de la media luna.
Rodas de los judíos.
Rodas de Mussolini
que soñó en estas aguas
una imposible Roma.
Rodas, griega otra vez.
Rodas, ¿pero hoy de quién?
Rodas de los turistas.
Rodas, *world heritage*.

Viajar con una ninfa no resulta sencillo.
Más allá de lo bellas que se saben,
se rigen por sus leyes, diferentes
libres de consecuencias de sus actos.
El tiempo, por ejemplo
les transcurre
sin dejar huella en ellas.
“¿Te acuerdas del volcán que destruyó Nisiros?
Fue cuando Agamenón iba camino a Troya.
¿Y Narciso y Jacinto y la lira de Orfeo?
A saber por qué musa anda tañendo hoy...”
Mientras que tú, mortal
sólo tienes anécdotas,
que si el jefe, el trabajo
algún vulgar negocio
-las canas que te crecen, la creciente barriga...-
Y además ya estás viejo
y las ninfas son jóvenes.

(monasterio en Mandraki)

Justo encima del pueblo,
donde un antiguo templo
con sus blancas columnas
deslumbraba a los barcos,
hoy se alza un monasterio
de oscuros corredores,
con lámparas y exvotos
de plástico y latón
y bárbaros iconos
que unas viejas de negro
-¡ay! las sacerdotisas
y sus sedosas clámides!-
besan y manosean
entonándoles kyries
como a auténticos dioses.

(Nisiros/Sneffels)

Cada isla un volcán.
Una boca de acceso al magma primigenio.
En Nisiros, el cráter
arroja fumarolas azufrosas
llamando a la aventura de un viaje
sin billete de vuelta.
Camino del calor,
del mundo subterráneo,
rumbo al fuego sagrado del origen
donde echó a arder la vida,
a la fragua de Hefesto,
maternal como un útero,
ese yunque en que a golpes
nos forjaron el alma.

Por la noche, los barcos
buscan compañía en puerto
y se abarloan la bordas
o se amarran al muelle,
calientes, pegajosos
igual que los amantes
sobre la tierra firme
se entregan en sus lechos
al juego del amor.
Los mástiles en alto,
graciosamente erectos,
el balanceo de cascos
unos contra los otros,
el tintineo de jarcias,
enceladas, felices
y el mar que les da cama
que mece la obra muerta
y envuelve sus caricias
entre sábanas húmedas.

(travesía)

De Nisiros a Kos
el Egeo va curvándose
mientras amanecemos
en cubierta de un barco.
Despertarse a deshora
es mostrarse desnudos:
El gesto sin hacer,
los movimientos lentos,
el cuerpo tan dormido
que no sabe dar forma
ni aguantarse a si mismo.
Y al cabo, dos extraños,
proseguimos viaje.

El verano entenece
y por eso te miro con ojos mendicantes
como un perro sin dueño,
como si se pudiera
como si olfateara que hay un puerto final.
Como si en algún sitio
más allá de estas islas
existiese un hogar
al que regresar juntos.

Me desafías:
¿En Kos,
vas a escribir del tráfico,
de las discos y burgers,
las playas atestadas de masas de turistas,
o del ágora antigua
y del árbol de Hipócrates?
Y tú misma respondes:
Viajar es escoger.

En los acantilados de Kalimnos
los argonautas hoy
saltan en parapente
con el *i pod* a tope,
y cuando se zambullen
ya no encuentran tritones
ni persiguen sirenas
de brillantes escamas
que se esconden
huidizas en los fondos marinos.
Por no haber
no hay delfines
ni ya casi pescado
más que pequeños pulpos
y gambas diminutas.
Sólo el mar es el mismo.

20

(Leros)

Como en la vida
hay islas que se pasan de largo.
Van quedándose atrás
como frutos prohibidos,
sin que sepamos nunca
lo que las diferencia,
su sabor, su textura,
lo que las hace únicas

- y por desconocidas,
las echamos de menos-

El momento Kavafis:
En el café *Theologos*
un griego en camiseta
de edad más que madura
habla de Alejandría
la ciudad de sus padres.
“!Qué tiempos de opulencia,
reinaba el rey Faruk
y se hacían los negocios
en monedas de oro!”
El en cambio emigró
al estado de Ohio
y recién se jubila
en la Grecia ancestral
tras cumplir su contrato
con la General Motors.
“¿Y a usted que le trae a Lipsi?”
A lo que no respondes,
flâneur como el poeta:
“... *rico en saber y en vida*
has comprendido
que es lo que las Itacas significan”

Lipsi
suena a ansiolítico,
a narcolepsia, a eclipse
a lapsus, a calipso
a soñolienta elipsis.

Dime que más se puede
esperar de una isla.

En los muelles, a solas,
los barcos intercambian
secretos en voz baja.
Comentan menudencias,
incidentes del día,
valoran la pericia
de sus tripulaciones,
se pasan datos útiles:
Un viento favorable,
una marea más alta,
un roqueo sumergido,
algún banco de peces
que su patrón no vio...
Y si alguno menciona
un reciente naufragio,
se produce un silencio
y hasta los más valientes
rolan hacia otra parte
por miedo al mal de ojo.

(fábula)

Blanca y azul,
tendida sobre un monte,
la ermita de *Agios Giorgios*
guarda ingenuos iconos
que ensalzan el combate
del santo y el dragón.

De regreso descubro
en mitad del camino
una pequeña hormiga
que arrastra heroicamente
una muerta tarántula
diez veces su tamaño,
sin que aspire
ni espere
de su propio hormiguero
que le eleven altares
ni perdure su gesta.

(mare nostrum)

¿Se reconoce un mar?
No digo su contorno
ni el paisaje marítimo
ni el cielo que lo cubre
ni el color de sus olas.
¿Es la forma en que ruge
en las noches ventosas
o el modo en que susurra
cuando no hay brisa alguna?
¿Es su olor? ¿Es la sal?
Qué extraño que me bañe
en las islas de Grecia
y me recuerde niño
nadando en una playa
de las costas de Málaga.

26

(viaje interior)

Más allá de sus playas
las islas son también
higueras y lentiscos
pistachos, alcaparras
euforbias, tamarindos,
algarrobos, tomillo
limoneros, almendros
acebuches y vides
cabras, gallinas, burros
las vistas sobre el mar
el paseo de la tarde
y las velas de cera
que vamos encendiendo
de una ermita a otra ermita
sin pedir más deseo
que no acabe el verano.

Las olas traen recuerdos
de momentos vividos,
mensajes arrojados al mar
en el pasado
y que hablan de nosotros.
Nos cuentan lo que éramos,
los sueños que tuvimos,
lo que pudimos ser,
lo que nunca seremos
y al final sólo es agua
rompiendo en una playa
sin sentido ni poso
más allá de la espuma.

(playa de Gialos)

En la arena, yacente
quieta como un cadáver
que aguardase el momento
de ser incinerado
o convertirse en momia,
impregnada de ungüentos
y aceites funerarios,
la bella toma el sol.

La razón, un misterio.
¿Qué busca una mujer
desnuda a la intemperie
cuando el rigor de agosto
prudente recomienda
guarecerse a la sombra?

Quizás sentirse viva.

La ninfa de la isla me visita de noche.
Entra por la ventana con discreto sigilo
y se acurruca a mí.
Yo me finjo dormido
y dejo que me abrace,
que con sus grandes ojos de diosa
me examine
como a un raro espécimen
inquiriendo quién soy;
y que a veces me bese para explorar mis labios,
que sus dedos me midan
y que olfatee mi sexo
musitando en su idioma
canciones de marinos que embarcaron muy lejos
para no regresar.
Una noche me dijo, lo entendí claramente:
“Quiero escapar contigo.
No me dejes aquí”
Y sentí en carne propia el frío de sus inviernos,
la prisión de la isla
cercada por el mar,
la angustia de vivir entre gentes de paso,
la legión de poetas
que la habían cortejado
entregándole a cambio sólo versos inútiles.

Y cerré la ventana y ya nunca volvió.

(Agios Ioannes)

En la pequeña ermita del santo
sin cabeza
cuelgan raras ofrendas
de latón y de plata,
pies o manos, bebés
la efigie de un soldado que volvió
de una guerra,
una novia preñada,
un padre de familia,
un corazón, un hígado
y hasta una vaca,
atónita
de estar en una iglesia,
sanada de algún mal
por la Fe de su dueño.

La playa más bonita de la isla
es difícil de ver.
Hay que andar por caminos
que se pierden equívocos
entre espinos y enebros,
por senderos de cabras
y por acantilados,
preguntando a paisanos
que te dan pistas falsas,
que se encogen de hombros
o fingen que la ignoran,
ir y venir sin rumbo,
desesperar de hallarla,
saltar vallas de alambre,
sortear a los perros
y al final cuando llegas
casi siempre es de noche.

(kalimera)

“!Spugna greca,
naturale, bellissima!”
pregona en todas partes
el vendedor de esponjas.
Con su cesta de caña
y su oronda barriga
no tiene mucho aspecto
de bucear por ellas.
La crisis, sin embargo
parece que le afecta:
“Poco bussines, amigo”
me despide en el puerto
y se aleja despacio
voceando sus quejas
de avisgado políglota
contra el libre comercio:
“!Da vero
spugna greca!
je nessuna è cinesa!”

(obituario en Lipsi)

Anoche una culebra
que cruzaba la calle,
sinuosa y prudente,
falleció atropellada
por un cuatro por cuatro
de un turista italiano.
Erizos y lagartos
lamentaron un hecho
que altera el equilibrio
de especies en la isla
y los ecologistas
anunciaron protestas
-incluso hubo quien dijo
que Grecia aún no era libre
y había que liberar
de *fascisti italiani*
todo el Dodecaneso-.

(travesía)

Patmos, última escala.
Acabar el viaje donde se acaba el mundo,
donde ya no hay más islas
ni ninfas, ni poesía.
Terminar este libro
donde se escribió *el libro*.
Un final que estremece
como un apocalipsis.

(revelación)

Quien soñara llegar,
exiliado de Efeso
y en lugar de una cueva
encontrarse en un huerto
con higueras y olivos,
una casa, una cama
una mesa a la sombra
de un amable emparrado,
una mujer hermosa
y un vino hospitalario
que te va adormeciendo
mientras tu Dios te inspira.

36

(peregrino)

He perdido la Fe
- y también la carrera contra el tiempo
y la vida
y perdí a mi familia
el trabajo, mi casa
y perdí la cabeza
y perdí tantas cosas
que al final sólo creo
que vivir es perder-

37

(carpe diem)

Horacio, desde el Hades:
“¿Quién podría imaginarse
en tan amable ínsula
otra cosa que gozo
y sensual *beatus ille*?

¿Qué agorero fanático,
qué escritor resentido
proclamaría visiones
inspiradas en ella
de terror y hecatombes
previas al paraíso
cuando ya se está en él?”

(playa de Melloi)

Franceses, ¡tan hermosos!
La anciana abuela exhibe
en su escueto bikini
unos huesos perfectos
y su consorte mira
el azul del Egeo
con los ojos distantes
de quien todo lo ha visto.
Y luego está la hija
que heredó su belleza
y debió ser modelo,
y el marido con aire
de Fabio Testi atlético
y los nietos, aún jóvenes
pero que ya anticipan
esa rara elegancia
que el dinero no compra.

¿A qué han venido a Patmos?
¿A agradecer su suerte?
¿Quizás a hacer penitencia
por saberse especiales?
Pero Francia es país laico
y a falta de más pistas
la camisa del chico
- *El caribe garífuna*-
pregona otras razones.
El verano pasado
lo disfrutaron juntos
con los raros nativos
de las islas de Honduras.
El próximo quién sabe...
Puede que entre papúes.

(monasterio de Juan el Teólogo)

Popes de azul, de negro
Popes de largas barbas,
Popes con cuatro pelos,
Popes archimandritas
de circunstancia y pompa,
Popes soldados rasos
de sotanas costrosas
y rosario barato.
Popes que ofician misa,
Popes que hacen de guías,
Popes cual cicerones,
Popes que cancerberos
te reclaman la entrada
o censuran la carne
que exhiben las turistas.
Popes ya de ultratumba,
Popes sordos al mundo,
Popes desocupados,
Popes *ora et labora*
y hasta alguno que lee
un libro de Stieg Larsson
las tapas camufladas
como un misal piadoso.

(Patmos: Skala y Chora)

¡Qué diferente abajo
qué distinto aquí arriba!
En Skala
el bullicio de bares y cafés
dura casi hasta el alba
y a mediodía los yates
de la Gran Babilonia
se echan a navegar
sobre un mar de zafiro.

Mientras que en Chora
apenas
si se mueve una mosca
y no se escucha un ruido,
y los turistas andan
con paso sigiloso
por si rompen un sello
o despiertan a un ángel
y le da antes de tiempo
por tocar la trompeta.

Volver

¿pero volver a dónde?

Cómo desde una isla

reencontrar tierra firme

sin devenir un naufrago,

sin sentirme extranjero,

un pez fuera del agua

al que el mar para siempre

despertará nostalgias

de imposible retorno.

La cuestión no es saber
con quien termina Ulises:
con Nausica o Penélope...

Lo que importa es que duren
las vueltas de la trama,
los adioses y encuentros,
los hallazgos, las pérdidas
los naufragios, las islas

que continúe el viaje.

Con la luna en el mar
nos bañamos desnudos
y seguimos su estela
en las aguas oscuras,
como quien vuelve a casa,
sin temor a la noche.

Ligeros como peces
que no serán pescados,
ignorando las redes
que la vida nos tiende:
Mamíferos marinos
al fin en su elemento,
liberados del peso
de la inhóspita tierra.

(travesía)

Desandar el camino en un gran trasatlántico.
Revisitar las islas que nos dejaron huella
pero ya sin hollarlas,
sin descender del barco,
como un mero paisaje que se mira en cubierta
y que se deja atrás:
Los caminos andados
el mar, la sombra, el sol
los *mezhedes*, el vino
y esa parte de uno, por pequeña que sea
que prefirió quedarse
y al abrir las maletas
descubrimos que falta.

Symi, sólo entrevista.
Quieta, como posando
con sus grandes casonas
de porte veneciano
y sus altos cipreses
asomados al puerto
donde los capitanes,
célebres por su audacia,
contaban las ganancias
de remotos viajes
o secaban esponjas
de exquisita textura,
tan sólo destinadas
al harén del Gran Turco.

Symi,
quieta, posando
convertida en postal.

(regreso)

La lentitud del barco
vuelve lenta la vida.
Conforme pasa el tiempo
los pasajeros duermen
o resbalan la vista
por las hermosas islas
que antes les asombraran
y ahora son puro hastío.

El mareo va minando
su interés por las cosas.
Fuman cansinamente,
miran el horizonte
como si el mar no fuera
más que el tiempo que falta
y ya no una aventura.

Y en las largas escalas
en los puertos de paso
observan el trasiego
de mercancías y gentes
por la borda de popa,
ausentes como zombies,
como si no estuviesen.

(Epharistós)

Cuando al fin despegamos
el avión sobrevuela
las islas una a una,
justo en la ruta exacta
que ayer mismo en un barco
por el mar recorrimos.
La extraña perspectiva
de verlas desde arriba
reduce su tamaño,
de pronto tan pequeñas
que parece imposible
haber cabido en ellas,
que los días y las noches
que nos dieron cobijo
no fuesen claustrofóbicos
en lugar de felices.

Y entonces me señalas
en un acantilado
dos sombras diminutas
a punto de saltar
como sobre un espejo
en el inmenso Egeo;

y por la ventanilla,
nos decimos adiós.